

www.elboomeran.com

NATALIA GINZBURG

SAGITARIO

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE ANDRÉS BARBA

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Saggitario*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© 1975, 1991, 2011 by Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín

© de la traducción, 2021 by Andrés Barba Muñiz

© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Les Hermétiques* (1909), de Miquel Viladrich, óleo sobre tabla, 37×55 cm, propiedad de la Diputació de Lleida, depositado en el Museu d'Art Jaume Morera de Lleida

ISBN: 978-84-18370-61-8

DEPÓSITO LEGAL: B. 17 169-2021

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan ríguosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Mi madre compró una casa en un arrabal de la ciudad. Era una casita de dos plantas rodeada de un jardín desaliñado y húmedo. Más allá del jardín había huertos de coles, y más allá de los huertos estaban las vías del ferrocarril. El jardín, en aquel mes de octubre, estaba completamente tapizado de hojas podridas.

La casa tenía unos pequeños balconcitos de hierro y una escalerilla externa que bajaba hasta el jardín. En las cuatro habitaciones de la planta baja y en las seis del piso de arriba mi madre había puesto las pocas pertenencias que había traído de Dronero: camas altas de hierro chirriantes y quejumbrosas con pesadas colchas de seda floreada, algunas sillitas tapizadas con volantes de muselina, el piano, las pieles de tigre y una mano de mármol que descansaba sobre un pequeño cojín.

Junto a mi madre también habían venido a vivir a la ciudad mi hermana Giulia y su marido, la hija de nuestra prima Teresa, de once años, que debía empezar el instituto, un caniche blanco de pocos meses y nuestra criada Carmela, una muchacha sombría, despeinada y coja que se consumía de la nostalgia y se pasaba las tardes apoyada en la ventana de la cocina escrutando el horizonte cubierto de nubes y las colinas lejanas, detrás de las cuales se imaginaba que estaban Dronero, su casa y su viejo padre sentado junto a la puerta con el mentón apoyado en el bastón maldiciendo y soltando disparates.

Para comprar aquella casa en la ciudad mi madre había vendido algunos terrenos que aún tenía entre Dronero y

San Felice y se había peleado con todos los parientes que estaban en contra de la división y la venta de la propiedad. Mi madre llevaba fantaseando desde hacía años con la posibilidad de abandonar Dronero, había empezado a considerarlo de pronto, tras la muerte de mi padre, se lo decía a todas las personas con las que se cruzaba y escribía una carta tras otra a sus hermanas que vivían en la ciudad para que la ayudaran a buscar casa. Las hermanas de mi madre, que vivían en la ciudad desde hacía mucho y tenían una pequeña tienda de porcelana, no estaban demasiado contentas con los planes de mi madre y alimentaban el vago temor de tener que prestarle dinero. A las avaras y tímidas hermanas de mi madre las angustiaba enormemente esa posibilidad, pero sentían que jamás tendrían la fuerza suficiente para negarle un préstamo. Mi madre había encontrado aquella casa sin ayuda, en media hora, una tarde que había ido a la ciudad. Un minuto después de acordar la compra corrió hacia la tienda como una bestia salvaje y les pidió un préstamo a sus hermanas porque no le alcanzaba con el dinero que había conseguido con la venta de los terrenos. Cuando mi madre iba a pedir un favor se le ponía un aspecto rudo y distraído. Así fue como las hermanas le dieron una suma que no tenían ninguna esperanza de recuperar.

Y ése no era el único miedo de las hermanas de mi madre: también temían que, cuando llegara a la ciudad, a mi madre se le metiera entre ceja y ceja ayudarlas con la tienda, premonición que se cumplió tan puntualmente como la primera. El día después de su desembarco en la ciudad con las maletas, las camas y el piano, mi madre abandonó a una atónita y descompuesta Carmela en la nueva casa, rodeada de paja y serrín, y con el abrigo puesto, el sombrero ladeado sobre su pelo canoso e hirsuto y el cigarrillo en la mano enguantada se puso a pasear de un lado al otro de

la tienda, a dar órdenes al chico de los recados y a atender a los clientes. Las hermanas, desoladas, se refugiaron en el almacén, suspirando cada vez que escuchaban el golpear imperioso de sus altísimos tacones. Estaban tan acostumbradas la una a la otra que ni siquiera tenían necesidad de hablar, con un suspiro bastaba. Vivían las dos juntas desde hacía más de veinte años en la penumbra de aquel viejo negocio al que acudían unas cuantas clientas fieles, señoras con las que a veces se entretenían un rato en una conversación casi amistosa, un susurro casi mudo entre una bandeja y un servicio de té. Las dos eran muy educadas y tímidas, por lo que no se atrevían a confesarle a mi madre que su presencia no sólo las turbaba e indisponía, sino que hasta se avergonzaban un poco de ella, de sus modales bruscos y de su abrigo apolillado y vulgar.

Cuando regresaba a casa mi madre resoplaba de agotamiento y se quejaba del desorden en que se había encontrado la tienda, se quitaba los zapatos y alzaba los pies para masajearse los tobillos y las pantorrillas porque no había podido sentarse ni un segundo en todo el día, y se quejaba de que sus hermanas no habían aprendido en veinte años a llevar un negocio y ahora le tocaba a ella ayudarlas sin cobrar una lira, y se quejaba de que siempre había sido demasiado generosa y demasiado estúpida, siempre se había preocupado por los demás en lugar de pensar en ella misma.

Yo vivía en la ciudad desde hacía tres años. Estaba en el tercer curso de la carrera de Letras, compartía una habitación con una amiga y daba clases particulares. En las horas libres también trabajaba de secretaria en la redacción de una revista mensual. Entre unas cosas y otras salía adelante y conseguía mantenerme sola. Sabía que mi madre, al venir a la ciudad, le había dicho a todo el mundo que lo hacía más que nada para estar cerca de mí, para estar un

poco pendiente y asegurarse de que iba bien abrigada y me alimentaba bien. Además, a una chica sola en una ciudad le podían pasar todo tipo de cosas. En cuanto compró la casa lo primero que hizo mi madre fue enseñarme la habitación que pensaba reservar para mí, pero yo le contesté con rapidez y mucha claridad que tenía intención de seguir viviendo con mi amiga y que no pensaba volver con la familia. En cualquier caso, la casa estaba muy a las afueras, a una hora del centro. Mi madre no insistió: yo era una de las pocas personas que conseguían intimidarla y jamás se atrevía a llevarme la contraria. A pesar de todo, se empeñó en que en la casa hubiese una habitación para mí, así podría quedarme a dormir cuando me conviniera. De hecho, alguna vez me quedé allí, la noche de los sábados. Por las mañanas mi madre me venía a despertar y me traía una bandeja con una taza de café y un huevo frito. Convencida de que no me alimentaba lo suficiente, me observaba satisfecha mientras me comía el huevo. Sentada en mi cama, con una nueva y esplendorosa bata de seda, el pelo recogido en una redecilla y la cara untada de una crema tan densa que parecía mantequilla, mi madre me hablaba de sus planes. Tenía muchísimos planes, tenía planes «hasta para los pobres de la parroquia» (ésa era una expresión que utilizaba mucho). Antes de nada tenía intención de convencer a sus hermanas para que le dieran una participación del negocio, y es que no era justo que se matase a trabajar sin ver una lira. Me enseñaba cómo estar siempre de pie en la tienda le había acabado hinchando los tobillos. Y también quería poner una pequeña galería de arte. La diferencia entre su galería de arte y el resto de las ya existentes en la ciudad consistiría en que, todos los días a las cinco, la suya ofrecería un té a los visitantes. No estaba del todo segura de si ofrecer también unas pastas: con pasas y harina de maíz se

podían preparar algunas sencillas pero deliciosas sin gastar mucho dinero. Harina de maíz tenía a patadas en Dro-nero, en la bodega de la prima Teresa—tenía hasta para los pobres de la parroquia—, y a sus hermanas les podía pedir alguna bandeja bonita. En la tienda había unas bandejas tipo francés cubiertas de polvo que no compraba nadie, y mi madre estaba convencida de que sus hermanas no vendían mucho porque no sabían sacar partido a las cosas que tenían, y que si ella conseguía poner en marcha aquel proyecto de la galería de arte podría revalorizar también algunas cosas que llevaban olvidadas en el fondo del almacén desde tiempos inmemoriales; pondría un jarrón de cristal con crisantemos aquí y un oso de porcelana que sostenía una lámpara allá, y con los visitantes llevaría el tema de conversación a la tienda de sus hermanas y así les conseguiría clientes y ellas no le podrían negar la participación. En cuanto la consiguiera empezaría con las clases de conducir y se compraría un pequeño utilitario porque ya estaba harta de esperar el tranvía.

Aseguraba además que la galería de arte sería también una distracción para mi hermana y para mí, pues nos brindaría la oportunidad de conocer a gente y hacer amigos. Seguramente yo no conocía a mucha gente en la ciudad, me decía escrutándome. No le parecía que yo saliera mucho ni que quedara con demasiadas personas. Siempre aparentaba estar irritable y cansada, y a ella le habría gustado verme con una expresión más animada, la expresión de una chica de veintitrés años, de alguien que tiene toda la vida por delante. Le encantaba que estudiara y que fuera tan juiciosa y sería, pero también le agradaría saber que tenía un grupo de amigos, personas alegres con las que pasar el rato. Por ejemplo, no le parecía que fuese a bailar ni que practicara ningún tipo de deporte, y así era un poco difícil que me

casara. Tal vez era que no pensaba en casarme, ni siquiera ella misma sentía que yo estuviera hecha para casarme y tener muchos hijos. Luego me escrutaba esperando una respuesta. ¿No había nadie entre mis conocidos, nadie que me interesara un poco? Yo negaba con la cabeza y me volvía hacia la pared frunciendo el ceño y mordiéndome el labio, pues aquellos interrogatorios de mi madre me disgustaban profundamente. Entonces ella cambiaba de tema, se ponía a examinar mi combinación, que estaba sobre la silla, y tomaba mis zapatos de la alfombra para mirar las suelas y los tacones. ¿No tenía más zapatos que aquéllos? Ella había descubierto un zapatero que hacía unos zapatos a medida que eran una preciosidad y no muy caros.

Me lavaba y vestía bajo la atenta mirada de mi madre. Tampoco parecía gustarle mi falda gris, que llevaba desde hacía tres años, y mucho menos mi jersey grueso azul oscuro con los codos desgastados y dados de sí. ¿De dónde había sacado aquel maillot de ciclista? ¿Cómo era posible que no tuviera nada mejor que ponerme? ¿Y adónde habían ido a parar los dos vestidos nuevos que me había mandado hacer?

Mi madre se marchaba de mal humor y subía a vestirse también ella, pero al poco rato volvía para decirme que Giulia y su marido habían usado toda el agua caliente del baño y que ahora se iba a tener que bañarse con agua fría. No importaba, se daría un baño más tarde, en casa de sus hermanas, aunque era un fastidio no poder bañarse en su propia casa. No importaba, al menos por una vez Chaim se había decidido a darse un baño, aunque hasta después de bañarse conservaba aquel aspecto tan desagradable, ese aire suyo frustrado y aturdido. No comprendía por qué no quería tener un aspecto más civilizado. No había duda de que si no tenía éxito en su profesión era por culpa de su aspecto. Se obstinaba en llevar aquel chaquetón con el cuello de

piel que tal vez podía pasar por alto en Dronero, pero que en la ciudad resultaba ridículo. ¿Y acaso le había visto las manos? Eran unas manos feas, con las uñas rotas y mordisqueadas y los dedos llenos de padrastrós. A los pacientes no les debía de hacer ninguna gracia ver de cerca esas manos.

Yo le recordaba a mi madre que en Dronero Chaim tenía muchos pacientes y que en la ciudad aún no lo conocía nadie. Aunque también trabajaba aquí, tenía algunos amigos en el hospital que le pasaban clientes. Por las mañanas iba al hospital donde era asistente y por la tarde visitaba a los enfermos recorriendo la ciudad con su ciclomotor. Le habría ido bien abrir una consulta en el centro. Mi madre le había prometido el dinero para poner la consulta en cuanto ganara una demanda que tenía interpuesta contra el Ayuntamiento de Dronero por un apartamento, se lo había prometido porque no le costaba demasiado esfuerzo renunciar a aquel dinero lejano e improbable, la demanda la había puesto hacía ya años y el marido de la prima Teresa, que era notario, nos había dicho que no había ninguna esperanza de que la ganara. Mientras tanto, el doctor recorría la ciudad con su ciclomotor, una gorra y aquel viejo chaquetón que odiaba mi madre. La realidad era que no tenía dinero para hacerse uno nuevo, ganaba poco y todo lo que ganaba tenía que dárselo a mi madre para los gastos de la casa. Se quedaba tan sólo con una pequeña suma para cigarrillos y cada vez que encendía uno mi madre le ponía mala cara.

Yendo y viniendo entre el baño y su habitación mi madre daba instrucciones a Carmela y hacía los mismos gestos todas las mañanas, unos gestos que yo me sabía de memoria: agitaba con fuerza la borla de su polvera violeta expandiendo a su alrededor una nube perfumada, se humedecía el dedo índice y se lo pasaba por los párpados y el entrecejo, acercaba la cara al espejo y se arrancaba algún pelo de la

barbilla arrugando la nariz y pellizcándose las mejillas con los ojos cerrados y semblante airado, se pintaba los labios de un rojo pringoso y se limpiaba los dientes con la punta de la uña, sacudía con fuerza su gorro de punto negro y se lo clavaba en la cabeza con una mueca. En el gorro hundía un agujón y de pie frente al espejo, fumando y sin dejar de tararear una canción, se ponía el abrigo y daba media vuelta para mirarse las medias y los tacones. Luego salía hacia casa de sus hermanas para ver qué tenían para comer y si habían hecho el recuento de la caja.

En el jardín mi hermana Giulia se sentaba en una poltrona con el caniche en brazos y las piernas envueltas en una manta escocesa. Estaba enferma y le habían recetado reposo. Sin embargo, mi madre pensaba que era imposible que aquella vida inmóvil le devolviera la salud. Tanto aquí como en Dronero, igual antes de ponerse enferma que durante la enfermedad, mi hermana no hacía nada en todo el día. De cuando en cuando se levantaba de la poltrona, ponía la correa al perro y en compañía de Costanza, nuestra prima pequeña, daba una vuelta a la casa. La vida de una vieja de noventa años, decía mi madre. ¿Cómo hacía para tener hambre? Mi madre aún no había conseguido sacarle a Giulia si estaba contenta de vivir en la ciudad. Me pedía que se lo preguntara; ella no lo hacía, porque las respuestas de Giulia eran siempre las mismas: pestañeaba, negaba con la cabeza, sonreía. Y mi madre estaba harta de aquellas respuestas. Tampoco yo le daba una gran satisfacción con las mías, decía, nunca sabía nada de mí, pero al menos yo tenía una mirada inteligente, una mirada en la que algo se podía leer, mientras que Giulia, pobrecita, era tonta, en su mirada no se podía leer nada. Cuando ponía aquella sonrisa suya mi madre tenía ganas de pegarle. ¿Qué iba a disfrutar Giulia de la ciudad si jamás iba más allá del quiosco

de la esquina? Lo único que parecía agradarle era la compañía de aquel perrito tan feo que le había comprado a un campesino o la de nuestra prima pequeña Costanza. No iba al cine y no había querido inscribirse al círculo de cultura. Mi madre frecuentaba el círculo de cultura, donde daban conferencias y se podían hojear revistas.

La boda de mi hermana supuso para mi madre una profunda decepción. Se le había metido entre ceja y ceja casarla bien. La llevó a Chianciano y a Salsomaggiore para curarse lo del hígado y que, mientras tanto, ella pudiese conocer a algún muchacho. Se tragó vasos y más vasos de aquella agua amarga y tibia mientras Giulia miraba los campos de tenis con la falda blanca aleteándole entre las piernas delgadas. La gracia de aquellas piernas delgadas y torneadas con la falda plisada, la línea dulce y delicada de aquellos hombros bajo la blusa tan leve, el perfil de Giulia con el moño un poco despeinado sobre el cuello y aquellos brazos blancos alzándose para recolocarse las horquillas consiguieron que mi madre olvidara un poco el aburrimiento profundo que le producían el sabor amargo del agua y los partidos de tenis. Saboreando aquel agua mi madre le iba concediendo la mano de Giulia tan pronto a uno como a otro de aquellos muchachos que saltaban en las pistas de tenis e iban arriba y abajo por el paseo, componía mentalmente las frases que emplearía para anunciar en Dronero el compromiso de Giulia con aquel riquísimo industrial toscano de origen noble, el mismo que en aquel momento, ignorando sus planes, se había sentado en la mesa que estaba a poca distancia de la suya y miraba hacia lo lejos con indiferencia.

Giulia se cansaba enseguida y al rato se sentaba junto a mi madre con la raqueta inmóvil sobre la falda y la chaqueta

colgada de sus perezosos hombros. Mi madre se volvía entonces hacia la mesa en la que estaba sentado el industrial toscano para ver si percibía una chispa de interés en su mirada indiferente, pero el empresario no reaccionaba ni parecía fijarse en Giulia, agitaba de pronto desganadamente la mano hacia una muchacha lejana y luego emitía con la garganta un sonido parecido al de un pájaro. En ese mismo instante mi madre decidía que era «un guiñapo», se encogía desdeñosamente de hombros y lo descartaba de su destino.

Mi madre pensaba con perplejidad que no había demasiados muchachos alrededor de Giulia. De vez en cuando la cortejaba algún muchacho, la sacaba a bailar una noche o dos, se sentaba a su lado o trataba de hablar con ella. Pero no era fácil charlar con Giulia. Encogerse de hombros, levantar las cejas, una sonrisita, ésas eran sus respuestas. ¿Al margen de eso sobre qué podía charlar aquella pobre hija? No tenía cultura: no leía novelas y en los conciertos se quedaba dormida. Mi madre trataba de compensar el silencio de Giulia hablando ella misma, pues se creía al tanto de todo el arte y la literatura modernas, estaba abonada a una biblioteca ambulante y en Dronero recibía libros por correo. No había un solo acontecimiento cultural y político que escapase a la atención de mi madre, tenía una opinión sobre todas las cosas. Aquellos muchachos aguantaban una o dos noches con Giulia, pero luego se escabullían y mi madre los veía después a lo lejos, charlando o bailando con otras muchachas. Sin embargo, aquello no parecía entristecer a mi hermana. Seguía allí sentada, tranquila, inmóvil, con las piernas recogidas bajo la falda, los dedos entrelazados y aquella sonrisa bobalicona en los labios.

Por fin un verano trajo una historia con un muchacho. Un chico como Dios manda, con todo lo que podía desear mi madre. Giulia lo había conocido en Viareggio, adon-

de había ido a pasar el mes de agosto con la prima Teresa. En aquella época mi madre estaba inmovilizada en la cama en Dronero con una pierna escayolada porque se había caído por la escalera. Entre el calor, la pierna que le sudaba y le picaba bajo la escayola y las cartas de la prima Teresa que le hablaban de un posible y verdadero noviazgo, mi madre se sentía enloquecer. El doctor Wesser, un médico polaco que, tras haber sido desterrado a Dronero durante la guerra, había decidido quedarse, iba un par de veces al día a ver cómo tenía la pierna y a hacerle un poco de compañía. Mi madre alimentaba hacia el doctor Wesser una benevolencia mezclada con desprecio. Aún estaba lejos de imaginar que aquel doctor flaco que se sentaba medio torcido en el sillón y se mordía las uñas mirando a su alrededor con una sonrisa apacible se iba a convertir en el marido de Giulia. De momento los pensamientos de mi madre latían sobre el mar de Viareggio, donde quizá en ese preciso instante Giulia hacía una excursión en barca con su joven pretendiente. Le pedía al doctor que le diera calmantes porque tenía los nervios de punta y quería saber cuándo iba a poder moverse porque ardía de impaciencia de viajar a Viareggio a ver qué sucedía allí. Le leía al doctor las cartas de Giulia y de la prima Teresa. El doctor Wesser conocía a Giulia porque le había curado una escarlatina. Las cartas de Giulia eran breves y medio cómicas, muy parcas en detalles, parecían las cartas de una niña de siete años a Jesusito en Navidad, comentaba mi madre. Pero tras aquellas pocas líneas escuetas y pueriles se sentía vibrar una trémula felicidad. Mi madre le preguntaba al doctor Wesser si no había posibilidad de rascarse la pierna bajo la escayola porque le picaba y quemaba de una manera espantosa.

Al final rompieron la escayola a golpe de martillo. Mi madre se pudo levantar y en tres días se había plantado con su

equipaje en el mar: faldas de topos, faldas de flores, faldas de cuadros, sandalias de playa. Se enfadó con la prima Teresa porque en sus cartas no había dado detalles sobre el físico, la familia ni la situación económica del muchacho, se había limitado a decir que era un buen partido.

Cuando llegó a Viareggio se encontró a Giulia en la cama con fiebre y junto a ella a la prima Teresa poniéndole paños mojados en la frente. No era nada serio: Giulia había sudado y luego había cogido un poco de frío. Mi madre llevó a la prima Teresa de los pelos hasta el pasillo y la interrogó a bocajarro. ¿Quién demonios era el muchacho? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cuánto dinero? ¿De qué familia era? ¿Por qué se habían alojado en una pensión tan barata, por qué no habían ido a un lugar más elegante?

Pero la prima Teresa le respondió que tanto el muchacho como sus padres se habían trasladado a aquella misma pensión tras alquilar su pequeña villa. Mi madre se descompu-so un poco en aquel momento, no podían ser grandes richachones si aceptaban vivir en aquella pensión de pasillos estrechos que olía a sopa y a lejía. ¿Qué necesidad tenían de alquilar su villa si de verdad tenían tanto dinero? Y sin embargo la prima Teresa le aseguró que eran gente bien, gente como mi madre no había conocido en toda su vida, que eran propietarios de un palacete en Lucca y de una pequeña villa con piscina, frigorífico y garaje en Viareggio. El padre era un juez muy apreciado, el muchacho también estudiaba para juez y estaba tan enamorado de Giulia que había llevado a toda la familia a vivir en aquella pensión para no separarse de ella ni un segundo.

Poco después mi madre estaba sentada con el juez, la mujer del juez y el muchacho en el pequeño jardín de la pensión abanicándose, fumando y echando el humo con una larga boquilla de marfil. Estaba tan excitada que casi se ha-

bía olvidado por completo de que Giulia estaba afiebrada en la habitación. No hacía más que hablar y hablar, soltaba todas aquellas palabras y discursos que se había ido guardando a lo largo de muchas estaciones solitarias en Drone-ro, cuando la noche se agolpaba tras los cristales y las únicas visitas, tan despreciadas como predecibles, eran las de la prima Teresa y el doctor Wesser. Las palabras se habían ido acumulando en su interior sobre todo durante aquella última época en la que había guardado cama con la piedad enyesada fantaseando con las cartas que le llegaban de Viareggio, fumando y abanicándose apoyada en los cojines y rodeada de interlocutores imaginarios y de siluetas inciertas y cambiantes que asentían sonriendo. Ahora estaba frente a aquellas personas que iban a convertirse en la nueva familia de Giulia: un señor de cierta edad atildado con chaqueta oscura y pantalón blanco, una señora mayor a la que le temblaba un poco la cabeza, un muchacho de pelo rubio rizado que la miraba con una enorme sonrisa maravillada y cordial y bebía naranjada San Pellegrino directamente de la botella. A aquellas personas mi madre les contó su vida entera a retazos: la muerte de mi padre de un ataque al corazón; sus años de viudez bajo el peso de las responsabilidades y de los bienes que debía gestionar; la educación sencilla y doméstica que había ofrecido a sus hijas; sus dolores de hígado y los consejos que le había dado el doctor Wesser; sus opiniones políticas, siempre con una impronta de saludable sentido común y una confianza juvenil en el progreso humano; el esfuerzo que tenía que hacer para estar al tanto del arte moderno al vivir en una ciudad de provincia. Por momentos la abrumaba la emoción y se le hacía un nudo en la garganta que terminaba en un breve sollozo: por fin podía interpretar el papel que ansiaba desde hacía años, el papel de la madre que se prepara con preocu-

pada solicitud para el compromiso de su hija con un joven serio, honrado y trabajador. Estaba tan concentrada en su papel que apenas se fijó en el joven en cuestión, y por eso más tarde, cuando quiso recordarlo, apenas conseguía rescatar de él una mata de pelo rubio y dos labios carnosos amorrados a una botella.

Aquellas pocas horas del jardincito de la pensión fueron las únicas que mi madre pasó con la familia del juez. Por la noche mi hermana vomitó un poco de sangre y un médico de urgencia ordenó que la ingresaran en el hospital. Veinte días más tarde mi madre y Giulia regresaban a Dronero en coche cama. Del muchacho de los rizos rubios no se volvió a saber nada. La prima Teresa contó que en cuanto se enteró de lo del vómito de sangre la madre del muchacho tuvo una crisis nerviosa, la cabeza le había empezado a temblar y bailar de tal forma que parecía que se le iba a caer rodando por el suelo y había querido regresar al instante a Lucca para sacar a su hijo de aquella pensión en la que le parecía que hasta los muros trasudaban sangre. La prima contaba que al partir el muchacho, que tenía un aire completamente desolado, le cogió la mano en el pasillo llorando como una madalena. Pero ahora hasta la prima Teresa quería irse de allí del miedo que tenía; estaba muy preocupada por que tanto ella como su hija, que habían compartido habitación con Giulia, pudieran enfermar también.

Y así fue como mi madre se quedó sola en la habitación del hospital con una Giulia palidísima, inmóvil sobre la cama como una niña muerta y su hermosa cabellera suelta sobre la almohada, los ojos cerrados y los labios resecaos por la fiebre. Mi madre estaba furiosa con la prima Teresa por haberla dejado sola, y paseaba arriba y abajo por el pasillo del hospital como un oso enjaulado, con la falda de topos toda arrugada y sucia porque no tenía la cabeza para

cambiarse de falda, por mucho que tuviera faldas hasta para los pobres de la parroquia.

Cada vez que recordaba al muchacho de los rizos rubios mi madre temblaba de ira. ¡Quién habría dicho que no iba a ser capaz de dar ni siquiera una muestra de generosidad, un gesto de consuelo! ¡Que iba a marcharse sin decir adiós, sin una palabra siquiera! El recuerdo de aquellos rizos rubios y de aquella tarde que había pasado junto a la familia del juez ahora le producía una repulsión profunda. Pero cuando se le fue pasando un poco el susto por lo de Giulia, cuando los médicos le dijeron que con los avances de la medicina moderna la enfermedad de Giulia se podría resolver felizmente, cuando regresó a Dronero e instaló a Giulia en la cama grande con la colcha de seda floreada, dos buenas almohadas tras la espalda y en la mesilla de noche el jarabe que les había recetado el doctor Wesser, entre las mismas paredes donde había alimentado aquellas esperanzas tan felices mi madre se preguntó de nuevo qué había sucedido exactamente entre Giulia y aquel joven. ¿Se habían hecho promesas? ¿Algún compromiso? No se atrevía a sacar el tema con Giulia; todavía se encontraba muy débil y macilenta apoyada en las almohadas con un chal alrededor de sus débiles brazos de venitas azules, el pelo recogido con una cinta de terciopelo negro y aquella habitual sonrisa bobalicona que no transmitía nada. ¿Sufría Giulia? ¿Cómo iba a saberlo? La fantasía de mi madre galopaba de nuevo por la ciudad de Lucca y el palacete antiguo con techos abovedados y frescos del Quattrocento en la que vivía la familia del juez y que, según la prima Teresa, tarde o temprano acabaría convertida en un museo nacional. Iba a casa de la prima Teresa y la torturaba a golpe de preguntas sobre la temporada que habían pasado en Viareggio hasta que la prima Teresa le suplicaba que la dejara en paz; ya le

había dicho todo lo que sabía, el asunto estaba destinado a acabar mal y ya no se podía hacer nada.

Durante todo aquel invierno mi madre esperaba el correo ansiosamente, cada día un poco más segura que el anterior de que una carta del ricitos rubio iba a llegar para Giulia o incluso para ella. Pero nada. En vez de eso lo que llegaban sin parar eran cartas de una enfermera del turno de noche del hospital de Viareggio a quien mi madre había prometido muy imprudentemente un puesto en el hospital de Pinerolo, donde trabajaba un amigo del doctor Wesser. Pero entretanto mi madre se había peleado con el doctor Wesser y ya no podía pedirle que intercediera en su favor.

Desde hacía un tiempo mi madre sospechaba que el doctor Wesser estaba enamorado de Giulia porque se pasaba horas con ella traduciéndole poemas alemanes de los que no había duda que a Giulia le traían sin cuidado y enseñándole todos sus álbumes de familia repletos de señores polacos con abrigo y sombrero de copa, señoras con largos collares de perlas y sombreritos con plumas, todos ellos muertos durante la guerra, pobres judíos a los que los nazis habían arrancado de la cama para llevarlos a la muerte quién sabe dónde. La única familia que tenía el doctor Wesser era un hermano menor que había emigrado con él de Polonia y que ahora vivía en la ciudad, donde trabajaba en una planta química. Giulia escuchaba con amabilidad los aburridos discursos del doctor Wesser y, para complacerlo, hojeaba el álbum de familia que también incluía fotografías del padre y la madre del doctor, personas distinguidas y acreditadas, a los que daba lástima imaginar muriendo en aquellos campos gélidos mientras partían piedras, y entre ellos aparecían el doctor y su hermano pequeño disfrazados de cosacos para un baile de carnaval.

Giulia ya estaba mucho mejor. Se levantaba de la cama y

a veces salía a dar pequeños paseos. De cuando en cuando el doctor la acompañaba a pasear empujando su ciclomotor y quizá contando historias trágicas de otros familiares desaparecidos. Nada de todo aquello podía hacerle bien a una muchacha, pensaba mi madre, y cada vez la irritaba más aquel doctor Wesser, cada vez le desagradaba más asomarse al balcón y ver en la calle la alta figura de Giulia alejándose junto al doctor, que apenas le llegaba a los hombros, con su chaquetón marrón regalo de la asociación de refugiados judíos, una prenda corta con cuello a la martingala, medio casaca, medio abrigo. Mi madre iba enumerando mentalmente, completamente furiosa, los favores que no había parado de hacerle al doctor Wesser: cuando los alemanes estaban en Dronero y el doctor se escondió en casa de la prima Teresa, ella le llevaba cigarrillos todos los días, y cuando el doctor tuvo aquella colitis, ella le dio lana para que se encargara una faja caliente, eso por no hablar de todas las botellas de marrasquino que había vaciado el doctor Wesser por la noche, cuando se sentaba con ellas junto a la estufa y traducía a Giulia poemas de Hofmannsthal.

«¡Hofmannsthal!», resoplaba mi madre con desagrado imitando la hache aspirada del doctor y la forma en la que se alisaba el pelo y se recolocaba la corbata mientras leía. Mi madre había empezado a maltratarlo ahora con cualquier pretexto: le preguntaba por algún libro que le había prestado hacía muchos años y que él no conseguía encontrar, le decía que el jarabe de malta que le hacía tomar a Giulia era difícil de digerir y golpeaba con rabia el chaquetón empapado por la lluvia las noches en las que el doctor iba a visitarla, camino del canapé. El doctor recogía el chaquetón y lo ponía en el perchero y volvía a leer a Giulia los poemas de Hofmannsthal con voz monótona y sumisa.

De vez en cuando mi madre los oía reír juntos. No se sa-

bía de qué se reían, le resultaba inconcebible que al doctor todavía le quedaran ganas de reírse con todos aquellos parientes muertos, que todavía le quedaran ganas de reír y de hacer el idiota. El doctor no tenía casa propia, dormía en una pequeña habitación encima del bar y se hacía las comidas allí en un hornillo, unos potingues polacos, y sus cuatro trapos se los lavaba y secaba él mismo en una cuerda que colgaba entre la cama y el armario. En el armario, entre los libros y los calcetines, el doctor guardaba el queso y los huevos que le llevaban del campo. Attendía a todo el mundo y todo el mundo le quería. Attendía incluso a quienes no podían pagarle. Muchas veces ni siquiera se comía él los huevos que le daban, sino que se los regalaba a los niños que jugaban en la calle; decía que a los niños los huevos le venían mejor que a él, que era un viejo, aunque tan viejo no era, tenía cuarenta años como mucho, pero se conservaba mal y caminaba encorvado, con un hombro más alto que el otro y arrastrando los pies, y desde que empezó a estar con Giulia de pronto a mi madre empezó a parecerle viejísimo, la persona más fea que había visto en la vida.

Una noche, mientras Giulia estaba sentada en el sillón frente a la estufa con una caja llena de muestras de lana en la falda haciendo un títere con lanas de todos los colores para nuestra prima Costanza, el doctor le dijo a mi madre que Giulia y él tenían intención de casarse la siguiente primavera. Mi madre ya llevaba un tiempo esperando esas palabras, pero aun así le sentaron como un golpe en el estómago. Dio media vuelta para ver la cara de Giulia y encontró lo que esperaba encontrar: una expresión impasible, soñolienta, y su habitual sonrisa bobalicona. Giulia tenía en la mano un alambre de hierro y lo retorció alrededor de la lana. Hacía ya días que no paraba de hacer aquellos títeres que no servían para nada. ¿Acaso quería casarse con

el doctor?, le gritó mi madre arrebatándole la caja con la lana, y Giulia levantó las manos como para defenderse de una bofetada, y de pronto se puso completamente colorada. Mi madre sintió entonces una gran lástima por ella, le puso de nuevo la caja en el regazo y se sentó en una esquina dándoles la espalda a Giulia y al doctor. Desde aquella esquina les dijo que se casaran, que ella ya era vieja y ya le importaba todo un comino.

A la mañana siguiente mi madre fue a casa de la prima Teresa. Sí, la prima Teresa lo sabía desde hacía ya mucho, Giulia se lo había dicho en confidencia. Giulia no estaba realmente enamorada, no había vuelto a enamorarse después de aquella historia de Viareggio, pero con el doctor se sentía a gusto, estaba contenta. Le gustaba porque era muy culto, muy refinado, y porque los días que el doctor iba a la ciudad a visitar a su hermano ella se sentía como perdida y se aburría más de la cuenta. Y además, añadió la prima Teresa, Giulia tenía ya veinticinco años, y había padecido aquella horrible enfermedad que tan difícil le hacía encontrar marido, pues todos la temían. Al menos ella, que necesitaba atención, tendría siempre cerca un médico, uno que la atendería gratis, algo que, dijo la prima Teresa mostrando todos sus dientes de plata, era claramente una ventaja.

Mi madre fue a visitar a todas las tías y primas tratando de encontrar a alguna que quisiera disuadir a Giulia de aquel matrimonio, pero las primas y las tías no se quisieron implicar, negaban con la cabeza y decían que al final la pobre Giulia iba a casarse y que sería una verdadera lástima que no lo hiciera, que era cierto que el doctor Wesser no era guapo ni rico ni joven, pero sí una buena persona, un hombre al que querían los niños, que cada vez que lo veían pasar corrían a su alrededor para saludarlo. ¿Pero por qué?, gritaba mi madre, ¿acaso tenía que acabar Giulia con ése?